



# Acapulco e poi la notte tropicale\*

Federico Vite

Buque Cuauhtémoc de la Armada de México en la bahía de Acapulco. (Fotografía: John Moore / Getty Images)

LA CANCIÓN “IL PULCINO PIO” hipnotiza. Umberto Eco la conceptualizaría como música gastronómica. En eso voy pensando cuando descubro las tanquetas del Ejército en la glorieta de la Victoria, en el barrio de La Laja, en Acapulco. Asedian, repito. Son siete. Decenas de soldados revisan los autos estacionados, algunos de ellos han sido quemados en balaceras anteriores; otros, reposan su jubilación. Los de verde piden documentos, referencias del trabajo que uno tiene. Luego, así, de la nada, uno de ellos te pregunta, ¿por qué andas por aquí a esta hora de la noche? Son las 9. Uno responde nimiedades, fui a trabajar, salí de una fiesta, estaba jugando basquetbol en el parque. Para llegar a casa debes pasar varios filtros de vigilancia. Yo apenas salgo de casa. Es viernes. Le digo al soldado que me interroga: Me voy de party. Aunque en la mente repito el saludo de los gladiadores en el Coliseo: “Ave, Caesar, morituri te salutan”. Ninguno de los faros de la calle sirve. Bajo las doscientas escaleras del andador Agapando que me llevan hasta la avenida Constituyentes, donde los urbanos presumen sus aparatos de sonido y quien entra en ellos sabe que su destino musical tendrá que ver con el humor del puerto. Pago, entro y camino hasta el fondo, en lugar de asientos me acomodo en un baffle de más de dos

\*Verso de la canción “Acapulco”, de Ricchi e Poveri.

metros de largo y uno de alto. Poco a poco reconozco esa canción: “El recuento de los daños,/ del holocausto de tu amor.../ son incalculables e irreparables,/ hay demasiada destrucción [...]” Una rola que no motiva mucho, pero que Gloria Trevi escribió para el disco *Más turbada que nunca* en 1994, el mismo año en que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional se hizo notorio en todo el país y yo fui a Chiapas para ver si me unía a “eso” aparentemente noble que ahora defino como distracción excéntrica. Ese año fui a Cuba, presencié un discurso de Fidel. Sentí que tocaba parte de la historia. Al volver a México trabajé como taxista; los viernes eran totalmente distintos a lo sugerido por este panorama triste. Había pasaje todo el tiempo, llevaba gente a fiestas discotecas y bares. Ahora las calles están vacías. Algo en la piel de este fin de semana parece la recepción de un velorio. La patrulla 15035 de la Policía Federal se pega al camión; nos detienen. Bajamos para que nos revisen. Veo a los guardias encapuchados con sus armas largas, aceitadas y brillantes. La brisa sacude los pendones, colgados de los postes de teléfono, en los que se anuncia la candidatura de Manuel Añorve Baños, responsable de que el municipio de Acapulco esté en banca rota por 2 mil 142 millones de pesos, intocable senador de la república. Siento manos palpando mis piernas, mi torso. ¿Adónde va? De party. ¿A qué se dedica? A escribir. ¿Pero a qué se dedica o dónde cobra? En periódicos y revistas. No me entiende, ¿de qué vive, pues? El AK-47 que cuelga de su hombro

golpea accidentalmente mi pecho. Muestro mi credencial de prensa, vencida más o menos hace dos años, y el que usa pasamontañas da media vuelta. Recordé esa caricatura que se transmite en el show de Krusty, el payaso judío de Los Simpsons: “Itchy & Scratchy”. Es un capítulo en el que el ratón y el gato se hacen de armas. Se amenazan con pistolas más grandes y más potentes. Tienen el armamento suficiente para hacer estallar el mundo. Oh, oh, digo para imitar el cuadro final de “Il pucino Pio”. Vuelvo al camión, pero la Trevi ya no canta. La ocurrencia del chofer es relajar el ambiente. Pone, sin consultar al chalán, un hit de Vico C: “He aquí mi presencia/ pues he prometido que venía a verte aunque estuviera afligido [...]” El camión se pone en marcha. Somos pocos pasajeros. Algunos bajan en el mercado central. Mi parada es mucho más adelante. Las torretas de otras patrullas, de tránsito quizá, iluminan espectralmente los puestos donde años atrás se vendían flores a estas horas de la noche. Siete taxis navegan por la vía rápida en busca de clientes. El semáforo en rojo nos detiene. Noto que de cada cinco locales, tres de ellos se rentan o traspasan; los letreros son grandes: Informes aquí, indican. Se acaban las lamentaciones del entonces rapero portorriqueño. El chofer apuesta por el silencio. Alguien comenta que bajo el puente del mercado encontraron a dos descafeinados. Otro tipo agrega: uno de los cuerpos era una mujer embarazada. Pienso en el Conde decapitado, en Mazingher Z. Alguien más informa que hay balacera

Miembros del Ejército hacen guardia en el lugar de una ejecución relacionada con el tráfico de drogas en la playa Caleta de Acapulco, el 4 de marzo de 2012. (Fotografías: John Moore / Getty Images)





Miembros del Ejército hacen guardia en el lugar de una ejecución relacionada con el tráfico de drogas en la playa Caleta de Acapulco, el 4 de marzo de 2012. (Fotografías: John Moore / Getty Images)

en La Mira, acaban de avisarle por mensaje telefónico. Empiezo a creer que no debía salir de casa. Quiero fumar, pero no compré tabaco. Me bajo antes de lo previsto, en la parada de los billares Imperial, ahora teibols donde prácticamente regalan la cerveza, pero nadie entra porque son negocios de La Maña, el mazo de los narcos anónimos, pero infalibles para infundir miedo a los nativos. Entro al Oxxo de la gasolinería Cuauhtémoc, esto fue una tienda, aquí bebí cerveza por la tarde cuando leía *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*. La cajera habla por teléfono. Sí, en el salón de belleza donde mataron a las cinco mujeres, ya lo volvieron abrir; dicen que los de La Maña, y al nombrar a esa legión baja la voz. Pido una cajetilla, pago y salgo de inmediato. Camino frente a la extinta librería Cristal, hace dos años cerró sus puertas porque no era negocio. Por estas calles debió andar Francisco Tario pensando en el cine que había adquirido. Digo el inicio de “La noche del muñeco”: Me hubiera gustado ser asesino, cirquero o soldado. No, no me agradan esas profesiones. Entro al zócalo. No hay pistas de los gringos ni canadienses que esperaban en las jardineras las bondades carnales de algún jovencito. Hay vendedores ambulantes recogiendo mercancía. Hablan de pagar el derecho de piso a los de La Barredora, otra mano larga de la delincuencia organizada. Tomo la ruta que recorren los turistas para llegar a La Quebrada. Llego puntual al Galeón. En la puerta me encuentro con un conocido. Viste de negro. Se ve muy

borracho. Me cuenta que acaban de matar a su tío, que lo confundieron con otra persona. Hoy fue el entierro, cuenta. Imagino el cadáver de aquel pescador alto y fornido. Qué poca madre, digo abrazándolo. Él sube a la motoneta y se pierde en los callejones de El Pozo de la Nación. Entro al bar. Ahí están, en la mesa junto a la pista de baile. Beto, Lindo y El Güacalón, los tres salieron de la cárcel hace unas semanas. Son mis amigos de la infancia, gente que sólo pude ver una vez tras las rejas. Estuvieron encerrados por transportar armas. Se ven bien, salvo El Güacalón, quien usa silla de ruedas. Cuando los detuvieron intentó huir, una bala rompió su verticalidad. Chocamos los puños. Piden más cervezas. Me preguntan a qué me dedico, si ya abandoné el taxi, si estoy casado. ¿Por qué no vivo acá? Antes de responder la mesera informa que a las 12:00 de la noche cerrarán el bar porque luego ya no hay transporte y está peligroso andar de noche en Renacimiento. Pedimos tres cubetas de una vez. El barman se acerca para saludarme. Dice que se podrá beber hasta las 6 de la mañana, pero que nadie va a salir de El Galeón después de que bajen la cortina. Si aceptamos esa consigna, estamos dentro de la fiesta. Los cuatro intercambiamos miradas. Doy una palmada al barman para indicarle que tenemos un trato.

Pensé algunas cosas —digo encendiendo el primer cigarro de la noche—. Quiero oírlos, primero. Antes pongo una rola, ¿no?

Y bebimos toda la noche. ▀